

LETRAS AL MARGEN

EN BUSCA DE NOSOTROS MISMOS

EDUARDO ANTONIO PARRA Según ciertos sondeos, las mesas de novedades en las librerías y las cifras mencionadas por algunos editores, en México el único género literario que realmente resulta rentable es la novela histórica. La historia transformada en fábula, o viceversa. La realidad pretérita entretrejida con la imaginación. No importa si el asunto se remonta al devenir del país, a la Segunda Guerra Mundial, a la vida de un héroe del pasado o al antiguo Egipto, los contados lectores mexicanos nos lanzamos sobre este tipo de libros con un ansia de conocimiento digna de envidia que, al hacer a un lado el goce que deberíamos hallar en los aspectos meramente literarios (metáforas, figuras poéticas, ritmos, melodías, búsqueda y hallazgo de estructuras originales, puesta en escena de nuevas realidades, en fin, experimentación artística), pone en relieve que en nuestro país, como en muchos otros, la lectura es una actividad utilitaria más que recreativa, y el libro, por lo tanto, una herramienta más que un objeto lúdico. O, dicho con otras palabras, que leemos para aprender —para “aprender disfrutando”—, no sólo para disfrutar.



Pero, ¿qué encontramos los lectores en la novela histórica que no podemos encontrar en otros tipos de narraciones? ¿Por qué son tan populares estos relatos?

En primer lugar, se me ocurre, nos

ganando la guerra hasta que se topó en Stalingrado con un muro imposible de traspasar, y que de ahí en adelante todo fue cuesta abajo para los alemanes. O que Napoleón también perdió lo invicto en Rusia y de ahí no paró sino hasta Santa

tiempo para ponerse a investigar. Por otra parte, las biografías y los libros de historia-historia resultan tan áridos, tan aburridos, siempre llenos de cifras y reflexiones que no le interesan a nadie. Mejor esperar a que algún buen (“entretenido”) novelista aborde el tema, pues

SOMOS HIJOS —TODOS LO SABEMOS DE SOBRA— DE UN ENCUENTRO VIOLENTÍSIMO ENTRE DOS MUNDOS DISTINTOS, OPUESTOS, QUE AL CHOCAR ENTRE SÍ PROVOCARON UNA SUERTE DE DOLOROSO PARTO QUE GENERÓ LO QUE HOY ES MÉXICO

acercamos a las novelas históricas porque estamos seguros de que al abrir sus páginas plantaremos los pies sobre un terreno que no nos será del todo desconocido. Ya sea a través de la escuela, de la televisión o del cine, o de las conversaciones con nuestros mayores, todos sabemos algo, aunque sea un poco, de Napoleón, de los nazis, de los faraones, de Miguel Hidalgo o de Porfirio Díaz. Así, al internarnos en la lectura en busca de datos, de información, no nos perderemos ni siquiera si el escritor utiliza estructuras de esas “que a veces sólo sirven para confundir a los lectores o para presumir sus conocimientos sobre técnicas literarias contemporáneas”. Aunque el novelista juegue con los tiempos, el recuerdo de las lecciones recibidas en el aula escolar se activa para ponernos en guardia, avisándonos que, por ejemplo, Hitler comenzó

Elena. Las coordenadas de la historia son inamovibles, como los clichés cinematográficos que, en el momento de mayor incertidumbre, suelen rescatarnos anunciándonos que algo decisivo está por ocurrir y que, por lo tanto, debemos mirar la pantalla con más atención.

Otro motivo de nuestra afición por la novela histórica es la certeza de ciertas carencias culturales que redundan en una ligera sensación de culpa. Cuando oímos a la gente hablar de ciertos temas —que no dominamos—, una íntima sensación de culpa nos anuncia que “tal vez deberíamos saber más”. Quizá no aprendimos lo suficiente en el aula, no contamos con maestros que nos motivaran a hacerlo o nos distrajimos cuando la clase se trató de ellos. Y estamos en deuda con el asunto. Pero quién tiene

en un país con una industria cinematográfica tan pobre es imposible que filmen una película sobre, digamos, la ruta épica de Hernán Cortés que culminó con la conquista de Tenochtitlan, o la resistencia heroica de las masas capitalinas contra los invasores norteamericanos en 1847. Además, como en México tenemos una fe casi ciega en nuestros intelectuales y escritores, les entregamos con nuestra lectura toda nuestra confianza, sin poner en duda nunca lo que nos saben contar a través de personajes tan atractivos, tan patriotas, tan de una pieza.

Una razón más para sumergirnos en este tipo de literatura: nuestros conflictos de identidad. Somos hijos —todos lo sabemos de sobra— de un encuentro violentísimo entre dos mundos distintos, opuestos, que al chocar entre sí provocaron una suerte de

doloroso parto que generó lo que hoy es México. Sin embargo, más allá de los grandes esquemas —el mestizaje, el saqueo durante la Colonia, las invasiones sufridas durante el siglo XIX— los detalles de la evolución del país se nos llegan a perder al grado de que necesitamos que quien los conozca nos explique de manera sencilla por qué somos lo que hoy somos. Es decir, sabemos que México es una nación del antes llamado Tercer Mundo —lo que de unos años para acá se dice “países en vías de desarrollo”—, que la corrupción siempre ha sido una de nuestras señas de identidad en el extranjero, a lo que ahora se suma la violencia generada por el narcotráfico; sabemos también —lo mencionamos día a día en charlas de café o de

empezó todo? Debe haber algún momento en que lo que un día estuvo bien comenzó a andar mal. ¿Cuándo ocurrió? ¿De quién fue verdaderamente la culpa? Para tratar de encontrar respuesta a estas interrogantes, nada mejor que acudir a los novelistas históricos, que siempre sabrán volver a retratar a Santa Anna o a Victoriano Huerta con todas las características tragicómicas necesarias para aplacar nuestras conciencias (“ellos son los malos; si no hubieran aparecido en la historia, todo estaría bien”), o que nos volverán a contar con lujo de detalles cómo fuimos víctimas de las potencias extranjeras por culpa de unos cuantos vendepatrias que vinieron a echar por tierra el paraíso que la providencia nos había destinado.

estética o con el lenguaje en sí. Alimentar un nacionalismo cada vez más a la baja. Reafirmar ciertas convicciones o preconcepciones políticas. Entender mejor los sitios que hemos decidido visitar durante nuestras vacaciones. Acumular datos para no perder de nuevo en el Maratón. Saber por qué se llaman así las calles de ciertas colonias, o por qué llevan ese nombre ciertos pueblos o ciudades. Sentir un poco de entusiasmo. Ilustrar un optimismo apenas existente. Intensificar nuestra autocompasión como país.

Para eso sirven la mayor parte de las veces. Y, no obstante, existen algunas que además de cumplir sus diversas funciones utilitarias, psicológicas y de aprendizaje, llegan a enseñarnos mucho acerca de nosotros mismos



cantina— que el mexicano es un ente flojo, incapacitado para el triunfo, que no es capaz de trabajar en equipo y otras linduras por el estilo; hemos repetido hasta la saciedad que nuestro territorio es privilegiado, rico, pero que quienes nos gobiernan llevan siglos expoliándolo hasta dejarnos en la miseria. Pero, ¿cómo

Hay otros motivos que hacen de la novela histórica la reina de las librerías en México, sólo un poco por debajo de los libros de autoayuda y ciertos manuales para “vivir mejor” (de los que, en el fondo, no son tan distintas), pero casi todos los que puedo imaginar responden a necesidades prácticas que nada tienen que ver con la

como seres humanos (y no sólo como habitantes de un país o una cultura) y a maravillarnos con la forma en que el escritor ha distribuido su materia. Son pocas, pero vale la pena dar con ellas. Y acaso no sea necesario buscarlas: entre lectura y lectura, el día menos pensado nos topamos con una de ellas ☺